

AYER, "THE ACADEMY DE ST. MARTIN IN THE FIELDS": SIN EFECTISMOS

Con buena asistencia de público actuó ayer en el Teatro Principal "The Academy of St. Martin in The Fields", dirigida por Neville Marriner, en un concierto programado por la Sociedad de Conciertos de nuestra ciudad.

La actuación de la The Academy estuvo, en líneas generales, netamente marcada por una fiel y absoluta veracidad en la ejecución de la sobras programadas, aunque, y hay que decirlo, el programa no ofreció grandes dificultades de interpretación ni tampoco presentaba unas novedades que lo hicieran particularmente atrayente, aunque también es cierto que, salvo las obras de Haendel y Grieg, el resto no son partituras de frecuente ni tan siquiera normal aparición en este tipo de conciertos.

Lo más sobresaliente, quizás, fue Haendel y Grieg. El estilo vigoroso de Haendel fue óptimamente respetado en el concierto Grosso núm. 11 en la mayor, uno de los doce importantes concerti grossi compuestos en la época de las grandes obras maestras, dos años antes que el Mesías, y que pueden situarse a la altura de los mejores ejemplos de todo el barroco musical.

Muy conseguido el comienzo de la sinfonía para cuerda núm. 10 en si menor de Mendelssohn, con un "grave" de una transparencia formal incomparable. En Grieg llegamos al momento culminante de todo el concierto y la Holberg Suite, de estilo elegante y fecundado por las canciones y danzas noruegas, llegó a los mejores niveles de exigencia

y pulcritud interpretativa.

La segunda parte comenzó con el concierto para tres violines y orquesta de J. S. Bach, una obra que, aunque no puede ser considerada como una de las partituras típicas del genial compositor germano —quizás por ser una fiel adaptación de un concierto original para tres claves— si posee los suficientes elementos como para sentir en ella el impulso y la perfección formales que caracterizan de siempre cualquier página suya, sirvió para que las notabilidades de la agrupación se manifestaran en el trabajo en conjunto, si bien las intervenciones solistas de Iona Brown, Carmen Kaine y Roy Galliard no sobrepasarán en demasía el nivel de lo correcto.

La sonata núm. 3 de Rossini en do mayor, sirvió, por último, para que estos excelentes artistas manifestaran su soltura de Arcos, su buena escuela, su fogosidad y dinamismo dentro de un estilo de interpretación que no busca ningún tipo de efectismo sino, antes bien, los valores estrictamente musicales de sus versiones, con unas calidades de sonoridad, especialmente bellas en el registro grave de la cuerda.

El éxito del concierto se vio prolongado, finalmente, por tres breves páginas de W. Walton; un tiempo, el primero, de un divertimento en re mayor de Mozart, y un movimiento de una suite de danzas del ballet "Don Juan" de Gluck.